

© Roberto Fernández Retamar

**Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Óscar de Pablo.
Selección de poemas: Paco Ignacio Taibo II.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

@BRIGADACULTURAL

**PARA FECHAS
VACÍAS QUE
VEREMOS ARDER**

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

PRÓLOGO

Cuando los guerrilleros de la Sierra Maestra entraron a la capital cubana el primero de enero de 1959, y sacudió desde ahí todo el continente, Roberto Fernández Retamar (La Habana, 1930) no había cumplido los treinta años, pero ya tenía una carrera considerable como poeta y como crítico literario. Sin embargo, fue la experiencia histórica y personal de la Revolución Cubana la que le confirió la voz y el estilo que habrían de caracterizar su obra, no sólo por los temas que abordaría en adelante, sino incluso por su manera de enfocar el lenguaje. Para aproximarse a la tremenda riqueza de la experiencia de su pueblo, tuvo que desbordar las fronteras de lo que entonces se consideraba poético. En efecto, la poesía de Fernández Retamar ejemplifica y da cúspide al estilo llamado "conversacional", que explora los límites de este género literario en su frontera con el habla real y cotidiana de la gente. Ahora bien, quizá debido a la profundidad con que el poeta asimiló la experiencia de la revolución, sus versos "prosaicos" nunca cayeron en la trivialidad ni hicieron la menor concesión en cuanto a la atención consciente y concentrada en la palabra, rasgo que distingue a la verdadera poesía como género.

Pese a su profundo enraizamiento en la realidad cubana, la poesía y el pensamiento de Fernández Retamar no tienen nada de insular. Por el contrario, se han distinguido siempre por una radical consciencia de la historia y del momento latinoamericano y mundial. Así, el poeta tomó herramientas de la lectura del estadounidense T.S. Eliot y

otros poetas de su tradición para descubrir con palabras la realidad cubana. Asimismo, nunca dejó de trabajar y de militar, en la escritura y en la vida, por la integración cultural de una Latinoamérica de carne y hueso, la que trabaja y se equivoca, la que sangra, aprende, lucha y vive. No es casual que su nombre esté asociado con el proyecto cultural y continental más revolucionario surgido del proceso cubano: la Casa de las Américas.

PARA LEER EN LIBERTAD AC
Enero 2018

QUE VEREMOS ARDER

A Marcia Leiseca, conversando
hacia la Plaza de la Revolución

Abel derramó su sangre en el comienzo.
No lo siguieron más que los humildes, los olvidados.
Y, luego de andar sobre el mar,
Quedaron doce, y todo empezó de nuevo.
Bajaron con barbas al romper el año,
Y tuvieron discípulos sobre la vasta tierra.
Esto lo sabía ya el libro.
Pero los símbolos que ellos hicieron
No tenían libro: los que hicieron las cosas
No tenían nombres, o al menos sus nombres
No los sabía nadie. Las fechas que llenaron
Estaban vacías como una casa vacía.
Ahora sabemos lo que significan Cuartel Moncada,
26,
Lo que significan Camilo, Che, Girón, Escambray,
octubre.
Los libros lo recogen y lo proponen.
El viento inmenso que lo afirma barre las montañas
y los llanos

Donde los que no tienen nombre,
O cuyos nombres no conoce nadie todavía,
Preparan en la sombra llamaradas
Para fechas vacías que veremos arder.

FELICES LOS NORMALES

A Antonia Eiriz

Felices los normales, esos seres extraños.
Los que no tuvieron una madre loca,
un padre borracho, un hijo delincuente,
Una casa en ninguna parte,
una enfermedad desconocida,
Los que no han sido calcinados
por un amor devorante,
Los que vivieron los diecisiete rostros de la sonrisa
y un poco más,
Los llenos de zapatos, los arcángeles con sombreros,
Los satisfechos, los gordos, los lindos,
Los rintintín y sus secuaces, los que cómo no, por aquí,
Los que ganan,
los que son queridos hasta la empuñadura,
Los flautistas acompañados por ratones,
Los vendedores y sus compradores,
Los caballeros ligeramente sobrehumanos,
Los hombres vestidos de truenos

y las mujeres de relámpagos,
Los delicados, los sensatos, los finos,
Los amables, los dulces, los comestibles
y los bebestibles.
Felices las aves, el estiércol, las piedras.
Pero que den paso a los que hacen los mundos
y los sueños,
Las ilusiones, las sinfonías,
las palabras que nos desbaratan
Y nos construyen,
los más locos que sus madres,
los más borrachos.
Que sus padres y más delincuentes que sus hijos
Y más devorados por amores calcinantes.
Que les dejen su sitio en el infierno, y basta.

USTED TENÍA RAZÓN, TALLET: SOMOS HOMBRES DE TRANSICIÓN

Entre los blancos a quienes,
cuando son casi polares,
se les ve circular la sangre por los ojos,
debajo del pelo pajizo,
Y los negros nocturnos, azules a veces, escogidos
y purificados a través
de pruebas horribles,
de modo que sólo los mejores sobrevivieron
y son la única raza realmente superior del planeta;
Entre los que sobresaltaba la bomba que primero había
hecho parpadear a la lámpara y remataba en un joven
colgando del poste de la esquina,
Y los que aprenden a vivir
con el canto marchando vamos hacia un ideal,
y deletrean Camilo (quizá más joven que nosotros)
como nosotros
Ignacio Agramonte (tan viejo ya como los egipcios
cuando fuimos a las primeras aulas);
Entre los que tuvieron que esperar,
sudándoles las manos, por un trabajo,
por cualquier trabajo,

Y los que pueden escoger
y rechazar trabajos sin humillarse, sin mentir,
sin callar,
y hay trabajos que nadie quiere hacerlos ya por dinero,
y tienen que ir (tenemos que ir)
los trabajadores voluntarios para que
el país siga viviendo;
Entre las salpicadas flojeras,
las negaciones de San Pedro, de casi todos
los días en casi todas las calles,
Y el heroísmo de quienes han esparcido sus nombres
por escuelas, granjas, comités de defensa,
fábricas, etcétera;
Entre una clase a la que no pertenecemos,
porque no podíamos ir a sus
colegios ni llegamos a creer en sus dioses,
Ni mandamos en sus oficinas ni vivimos en sus casas
ni bailamos en sus
salones ni nos bañamos en sus playas ni hicimos juntos
el amor ni nos saludamos,
Y otra clase en la cual pedimos un lugar,
pero no tenemos del todo sus memorias
ni tenemos del todo las mismas humillaciones,
Y que señala con sus manos encallecidas,
hinchadas, para siempre deformes,
A nuestras manos que alisó el papel o trastearon los
números;
Entre el atormentado descubrimiento del placer,
La gloria eléctrica de los cuerpos y la pena,
el temor de hacerlo mal,

de ir a hacerlo mal,
Y la plenitud de la belleza y la gracia,
la posesión hermosa de una mujer por un hombre,
de una muchacha por un muchacho,
Escogidos uno a la otra como frutas,
como verdades en la luz;
Entre el insomnio masticado por el reloj de la pared,
La mano que no puede firmar el acta de examen
o llevarse la maldita cuchara de sopa a la boca,
El miedo al miedo,
las lágrimas de la rabia sorda e impotente,
Y el júbilo del que recibe en el cuerpo la fatiga trabaja-
dora del día y el reposo justiciero de la noche,
Del que levanta sin pensarlo herramientas
y armas, y también un cuerpo
querido que tiembla de ilusión;
Entre creer un montón de cosas, de la tierra, del cielo
y del infierno,
Y no creer absolutamente nada,
ni siquiera que el incrédulo existe de veras;
Entre la certidumbre de que todo es una gran trampa,
una broma descomunal,
y qué demonios estamos haciendo aquí,
y qué es aquí,
Y la esperanza de que las cosas pueden ser diferentes,
deben ser diferentes,
serán diferentes;
Entre lo que no queremos ser más
y hubiéramos preferido no ser,
y lo que todavía querríamos ser,

Y lo que queremos,
lo que esperamos llegar a ser un día,
si tenemos tiempo y corazón y entrañas;
Entre algún guapo de barrio, Roenervio por ejemplo,
que podía más que uno, qué coño,
Y José Martí, que exaltaba y avergonzaba,
brillando como una estrella;
Entre el pasado en el que,
evidentemente, no habíamos estado,
y por eso era pasado,
Y el porvenir en el que tampoco íbamos a estar,
y por eso era porvenir,
Aunque nosotros fuéramos el pasado y el porvenir,
que sin nosotros no existirían.
Y, desde luego, no queremos
(y bien sabemos que no recibiremos)
piedad ni perdón ni conmiseración,
Quizá ni siquiera comprensión,
de los hombres mejores que vendrán luego,
que deben venir luego: la historia no es para eso,
Sino para vivirla cada quien del todo,
sin resquicios si es posible
(Con amor sí,
porque es probable que sea lo único verdadero).
Y los muertos estarán muertos, con sus ropas,
sus libros, sus conversaciones, sus sueños, sus dolores,
sus suspiros, sus grandezas, sus pequeñeces.
Y porque también nosotros hemos sido la historia,
y también hemos construido alegría,
hermosura y verdad,

y hemos asistido a la luz,
como hoy formamos parte del presente.
Y porque después de todo, compañeros, quién sabe
Si sólo los muertos no son hombres de transición.

EL OTRO

(Enero 1, 1959)

Nosotros, los sobrevivientes,
¿a quiénes debemos la sobrevida?
¿quién se murió por mí en la ergástula,
quién recibió la bala mía,
la para mí, en su corazón?
¿sobre qué muerto estoy yo vivo,
sus huesos quedando en los míos,
los ojos que le arrancaron, viendo
por la mirada de mi cara,
y la mano que no es su mano,
que no es ya tampoco la mía,
escribiendo palabras rotas
donde él no está, en la sobrevida?

CON LAS MISMAS MANOS

Con las mismas manos de acariciarte
estoy construyendo una escuela.

Llegué casi al amanecer,

con las que pensé que serían ropas de trabajo,

Pero los hombres

y los muchachos que en sus harapos esperaban

Todavía me dijeron señor.

Están en un caserón a medio derruir,

Con unos cuantos catres y palos: allí pasan las noches

Ahora, en vez de dormir bajo los puentes

o en los portales.

Uno sabe leer, y lo mandaron a buscar cuando supieron que yo tenía biblioteca.

(Es alto, luminoso, y usa una barbita en el insolente rostro mulato.)

Pasé por el que será el comedor escolar,

hoy sólo señalado por una zapata

Sobre la cual mi amigo traza con su dedo en el aire
ventanales y puertas.

Atrás estaban las piedras,

y un grupo de muchachos las trasladaban en veloces
carretillas.

Yo pedí una y me eché a aprender el trabajo elemental

de los hombres elementales.
Luego tuve mi primera pala
y tomé el agua silvestre de los trabajadores,
Y, fatigado, pensé en ti, en aquella vez
Que estuviste recogiendo una cosecha
hasta que la vista se te nublabá
Como ahora a mí.
¡Qué lejos estábamos de las cosas verdaderas, Amor,
qué lejos – como uno de otro –!
La conversación y el almuerzo
Fueron merecidos, y la amistad del pastor.
Hasta hubo una pareja de enamorados
Que se ruborizaban cuando los señalábamos riendo,
Fumando, después del café.
No hay momento
En que no piense en ti.
Hoy quizás más,
Y mientras ayude a construir esta escuela
Con las mismas manos de acariciarte.

AGRADECIENDO EL REGALO DE UNA PLUMA DE FAISÁN

Con esta hermosa pluma tornasolada puedo
Escribir las palabras en que García Lorca
Dijo
Herido de amor huido.
Dijo que en tus ojos
Había un constante desfile de pájaros,
Un temblor divino como de agua clara
Sorprendida siempre sobre el arrayán.
Escribir las palabras en que Góngora dijo
A batallas de amor campos de pluma.
Escribir las palabras en que Antonio Machado
Dijo
Hoy es siempre todavía.

EPITAFIO DE UN INVASOR

Tu bisabuelo cabalgó por Texas,
Violó mexicanas trigueñas y robó caballos
Hasta que se casó con Mary Stonehill y fundó un hogar
De muebles de roble y God Bless Our Home.
Tu abuelo desembarcó en Santiago de Cuba,
Vio hundirse la Escuadra española, y llevó al hogar
El vaho del ron y una oscura nostalgia de mulatas.
Tu padre, hombre de paz,
Sólo pagó el sueldo de doce muchachos en Guatemala.
Fiel a los tuyos,
Te dispusiste a invadir a Cuba, en el otoño de 1962.
Hoy sirves de abono a las ceibas.

UN HOMBRE Y UNA MUJER

«¿Quién ha de ser?
Un hombre y una mujer.»
Tirso

Si un hombre y una mujer atraviesan calles que nadie
ve sino ellos,
Calles populares que van a dar al atardecer, al aire,
Con un fondo de paisaje nuevo
y antiguo más parecido a una música que a un paisaje;
Si un hombre y una mujer hacen salir árboles a su paso,
Y dejan encendidas las paredes,
Y hacen volver las caras como atraídas por un toque
de trompeta
O por un desfile multicolor de saltimbanquis;
Si cuando un hombre y una mujer atraviesan
se detiene la conversación del barrio,
Se refrenan los sillones sobre la acera, caen los llaveros
de las esquinas,
Las respiraciones fatigadas se hacen suspiros:
¿Es que el amor cruza tan pocas veces
que verlo es motivo
De extrañeza, de sobresalto, de asombro, de nostalgia,
Como oír hablar un idioma que acaso alguna vez se ha

sabido

Y del que apenas quedan en las bocas

Murmullos y ruinas de murmullos?

QUÉ SON LAS ISLAS

Esto tienen de bueno los poetas,
Que han dicho lo que uno quería decir.
¿Dé que otra manera comunicarle lo que sintió
Al ver desde el aire los islotes verdes desparramados
por el mar,
y cuando ya en el barco contempló a lo lejos el borde
agreste
de la isla,
Sino como ya lo escribió la poeta:
¿Qué son las islas si no estás tú?
Eso es lo que gritó al aire luminoso de la tarde
Y lo que musitó después en la atormentada noche,
Añadiendo un nombre
que en la cabina sonaba extraño
Como una flor de otro planeta.
¿Y podrá creer que la playa maravillosa,
Con su cadera de oro mordida por un ávido mar,
y la planicie del centro echada como un manto
No han podido ser gran cosa no estando ella,
Que ha dejado despoblada y silenciosa
Esa ciudad, ojo de la violencia, que ella hechizara
Marcando los lugares de encuentros y despedidas
Con una nostalgia como una cicatriz?

LOS QUE SE CASAN CON TRAJES ALQUILADOS

Los que se casan con trajes alquilados,
Desmemoriados,
Olvidados
De que dentro de dos días
Tanto principesco telar,
Acompañado de la gárrula tarde
Y de lágrimas aducidas al final,
Debe estar devuelto, lo menos ajado posible
(El anuncio compartía una enorme pared
Con un letrero absurdo, ¡y sin embargo!);
Y recordando en cambio, sin duda,
Que en cinco, seis horas yacerán gloriosos,
Avanzan incorruptibles, pálidos
Como guantes.
Ella,
Difícil y vigilada;
Y él,
Feliz, aunque no pudieron del todo arreglarle
La espalda, y el hombro le tira un poco.

SONATA PARA PASAR ESOS DÍAS Y PIANO

A Lisandro Otero

Que realmente fue tremendo,
Entre bombas que casi seguro que llegaban
Y cohetes que finalmente se fueron,
Y que si sí y que si no.
El kennedi hasta habló de cenizas en los labios,
Y los pedantes dijeron: Eliot, Eliot.
Pero la mayoría no dijo nada
(O se limitó a decir a los amigos:
«Fue bueno haberte conocido»):
Se puso el uniforme de miliciano,
Y a ver qué es lo que había que hacer.
Cada mañana, cuando se abría los ojos,
Venían y le decían a uno:
anoche pasamos un peligro tremendo,
Estuvimos a punto de termonuclearnos
todos en el planeta.
Uno se sentía contento de haber amanecido.
El día empezaba a estirarse lenta, lentamente.
Cada hora, cada minuto eran preciosos,
Y en cada hora pasaba un montón de cosas.

Entre las seis y las ocho llegaban los periódicos,
el café con leche y las primeras llamadas.
A las ocho era despedirse a lo mejor para siempre.
A la tercera o cuarta vez de hacerlo,
la imagen de Héctor y Andrómaca
se había debilitado mucho.
Entre las ocho y las diez,
rodeados de gente que llegaba, llamadas,
saludos, mensajes,
Las noticias más frescas empezaban a desbordar
las redacciones:
Se conversaba, no se conversaba, si se conversara.
Conversación, sinversación, verconsación.
A la hora del almuerzo se había adelantado muy poco
y se comía sin apetito.
Después había una reunión, otra reunión,
la misma reunión.
Alguien llegaba con nuevas noticias:
cartas cruzadas, palabras cruzadas, dedos cruzados.
Los que entraban y salían iban oscureciendo el día
Hasta que era de noche nuevamente.
El periódico de la tarde
por una vez tenía noticias distintas a las de la mañana.
A la hora de acostarse
(aunque fuera sobre una dura mesa de palo)
Parecía que, en fin, según, sin, so, sobre, tras.
Con esa esperanza copiosa se dormía,
Aunque sabíamos que a la mañana iban a decirnos
Que por la noche habíamos corrido un peligro mortal.
Era necesario dormir ese peligro,

como el viajero del avión
Que se entera, al llegar a tierra,
Que durmió la noche sobre el Pacífico
con un solo motor en el aparato,
Y recuerda que se había olvidado de asustarse.
A las setenta y dos horas, ya se conocía el ritmo:
Peligro mortal-amanecer-pesimismo-poco almuerzo-
posibilidad-dormir-
Peligro mortal – etcétera
Entonces vino lo que vino y lo que se fue
Y vino que,
Entonces,
– El piano, por favor.

¿Y FERNÁNDEZ?

A los otros Karamazov

Ahora entra aquí él, para mi propia sorpresa.
Yo fui su hijo preferido,
y estoy seguro de que mis hermanos,
Que saben que fue así,
no tomarán a mal que yo lo afirme.
De todas maneras, su preferencia fue por lo menos
equitativa.
A Manolo, de niño, le dijo señalándome a mí
(Me parece ver la mesa de mármol del café
Los Castellanos
Donde estábamos sentados,
y las sillas de madera oscura,
Y el bar al fondo, con el gran espejo, y el botellerío
Como ahora sólo encuentro de tiempo en tiempo en
películas viejas):
«Tu hermano saca las mejores notas, pero el más
inteligente eres tú.»
Después, tiempo después, le dijo,
siempre señalándome a mí:
«Tu hermano escribe las poesías, pero tú eres el poeta.»
En ambos casos tenía razón, desde luego,

Pero qué manera tan rara de preferir.
No lo mató el hígado (había bebido tanto: pero fue su hermano Pedro quien enfermó del hígado),
Sino el pulmón, donde el cáncer le creció dicen que por haber fumado sin reposo.
Y la verdad es que apenas puedo recordarlo sin un cigarro en los dedos que se le volvieron amarillentos,
Los largos dedos en la mano que ahora es la mano mía.
Incluso en el hospital, moribundo, rogaba que le encendieran un cigarro.
Sólo un momento. Sólo por un momento.
Y se lo encendíamos. Ya daba igual.
Su principal amante tenía nombre de heroína shakesperiana,
Aquel nombre que no se podía pronunciar en mi casa.
Pero ahí terminaba (según creo) el parentesco con el Bardo.
En cualquier caso, su verdadera mujer (no su esposa, ni desde luego su señora)
Fue mi madre. Cuando ella salió de la anestesia,
Después de la operación de la que moriría,
No era él, sino yo quien estaba a su lado.
Pero ella, apenas abrió los ojos, preguntó con la lengua pastosa: «¿Y Fernández?»
Ya no recuerdo qué le dije.
Fui al teléfono más próximo y lo llamé.
Él, que había tenido valor para todo, no lo tuvo para separarse de ella
Ni para esperar a que se terminara aquella operación.

Estaba en la casa, solo, seguramente dando esos largos
paseos de una punta a otra
Que yo me conozco bien, porque yo los doy;
seguramente
Buscando con mano temblorosa algo de beber,
registrando
A ver si daba con la pequeña pistola de cachas
de nácar que mamá le escondió, y de todas maneras
Nunca la hubiera usado para eso.
Le dije que mamá había salido bien,
que había preguntado por él, que viniera.
Llegó azorado, rápido y despacio.
Todavía era mi padre, pero al mismo tiempo
Ya se había ido convirtiendo en mi hijo.
Mamá murió poco después, la valiente heroína.
Y él comenzó a morir como el personaje
shakesperiano que sí fue.
Como un raro, un viejo,
un conmovedor Romeo de provincia
(Pero también Romeo fue un provinciano).
Para aquel trueno, toda la vida perdió sentido.
Su novia
De la casa de huéspedes ya no existía,
aquella trigueñita
A la que asustaba caminando por el alero cuando el
ciclón del 26;
La muchacha con la que pasó la luna de miel en un
hotelito de Belascoaín,
Y ella tembló y lo besó y le dio hijos
Sin perder el pudor del primer día;

Con la que se les murió el mayor de ellos,
«el niño» para siempre,
Cuando la huelga de médicos del 34;
La que estudió con él las oposiciones,
y cuyo cabello negrísimo se cubrió de canas,
Pero no el corazón,
que se encendía contra las injusticias,
Contra Machado, contra Batista;
la que saludó la Revolución
Con ojos encendidos y puros, y bajó a la tierra
Envuelta en la bandera cubana
de su escuelita del Cerro,
la escuelita pública de hembras
Pareja a la de varones en la que su hermano Alfonso
era condiscípulo de Rubén Martínez Villena;
La que no fumaba ni bebía ni era glamorosa ni parecía
una estrella de cine,
Porque era una estrella de verdad;
La que, mientras lavaba en el lavadero de piedra,
Hacía una enorme espuma, y poemas
y canciones que improvisaba
Llenando a sus hijos de una rara mezcla de admiración
y de orgullo, y también de vergüenza,
Porque las demás mamás que ellos conocían no eran
así
(Ellos ignoraban aún que toda madre
es como ninguna, que toda madre,
Según dijo Martí, debiera llamarse maravilla).
Y aquel trueno empezó a apagarse como una vela.
Se quedaba sentado en la sala de la casa que se había

vuelto enorme.

Las jaulas de pájaros estaban vacías.

Las matas del patio se fueron secando.

Los periódicos y las revistas se amontonaban.

Los libros se quedaban sin leer.

A veces hablaba con nosotros, sus hijos,

Y nos contaba algo de sus modestas aventuras,

Como si no fuéramos sus hijos,

sino esos amigotes suyos

Que ya no existían, y con quienes se reunía a beber,

a conspirar, a recitar,

En cafés y bares que ya no existían tampoco.

En vísperas de su muerte,

leí al fin *El Conde de Montecristo*, junto al mar,

Y pensaba que lo leía con los ojos de él,

En el comedor del sombrío colegio de curas

Donde consumió su infancia de huérfano,

sin más alegría

Que leer libros como ése, que tanto me comentó.

Así quiso ser él fuera del cautiverio:

justiciero (más que vengativo) y gallardo.

Con algunas riquezas

(que no tuvo,

porque fue honrado como un rayo de sol,

E incluso se hizo famoso porque renunció una vez a un

cargo cuando supo que había que robar en él).

Con algunos amores (que sí tuvo, afortunadamente,

aunque no siempre le resultaran bien al fin).

Rebelde, pintoresco y retórico como el conde,

o quizá mejor

Como un mosquetero. No sé. Vivió la literatura,
como vivió las ideas, las palabras,
Con una autenticidad que sobrecoge.
Y fue valiente, muy valiente, frente a policías
y ladrones,
Frente a hipócritas y falsarios y asesinos.
Casi en las últimas horas,
me pidió que le secase el sudor de la cara.
Tomé la toalla y lo hice, pero entonces vi
Que le estaba secando las lágrimas. Él no me dijo nada.
Tenía un dolor insoportable
y se estaba muriendo. Pero el conde
Sólo me pidió,
gallardo mosquetero de ochenta o noventa libras,
Que por favor le secase el sudor de la cara.

PATRIA

Ahora lo sé: no eres la noche: eres
Una severa y diurna certidumbre.
Eres la indignación, eres la cólera
Que nos levantan frente al enemigo.
Eres la lengua para comprendernos
Muchos hombres crecidos a tu luz.
Eres la tierra verdadera, el aire
Que siempre quiere el pecho respirar.
Eres la vida que ayer fue la promesa
De los muertos hundidos en tu entraña.
Eres el sitio del amor profundo,
De la alegría y del coraje y de
La espera necesaria de la muerte.
Eres la forma de nuestra existencia,
Eres la piedra en que nos afirmamos,
Eres la hermosa, eres la inmensa caja
Donde irán a romperse nuestros huesos
Para que siga haciéndose tu rostro.

ÍNDICE

QUE VEREMOS ARDER	7
FELICES LOS NORMALES	9
USTED TENÍA RAZÓN, TALLET: SOMOS HOMBRES DE TRANSICIÓN	11
EL OTRO	17
CON LAS MISMAS MANOS	19
AGRADECIENDO EL REGALO DE UNA PLUMA DE FAISÁN	21
EPITAFIO DE UN INVASOR	23
UN HOMBRE Y UNA MUJER	25
QUÉ SON LAS ISLAS	27
LOS QUE SE CASAN CON TRAJES ALQUILADOS	29
SONATA PARA PASAR ESOS DÍAS Y PIANO	31
¿Y FERNÁNDEZ?	35
PATRIA	41

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

(La Habana, 1930-2019)

Destacado poeta, ensayista y promotor cultural cubano. Por su labor obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1989 entre muchas otras condecoraciones y premios a nivel nacional e internacional. Fue miembro del Consejo de Estado de Cuba. Se desempeñó como presidente de la Casa de las Américas e integró la Academia Cubana de la Lengua que también presidió. Nació el 9 de junio de 1930 en La Víbora, La Habana, Cuba. Entre 1945 y 1946 fue alumno de un curso de artes plásticas. Se graduó de Bachiller en Ciencias y Letras en el Instituto de La Víbora, La Habana (1947). En 1948 abandona la carrera de arquitectura e ingresa en Filosofía y Letras. En 1954 se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana. Cursó estudios en La Sorbona (1955) donde fue alumno de lingüística y en la Universidad de Londres (1956).

Tras su regreso a Cuba en 1958, integró durante la dictadura de Batista el Movimiento de Resistencia Cívica y publicó en la prensa clandestina y, tras el triunfo de la Revolución se incorpora nuevamente a la Universidad. En 1960 ocupa el cargo de consejero cultural en París. Como delegado de Cuba asistió a la XI Conferencia General de la UNESCO. En el primer Congreso Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (1961) fue elegido secretario coordinador de la UNEAC.

Entre 1947 y 1948 jefe de información de la revista *Alba* (para la cual entrevistó a Ernest Hemingway), colaborador desde 1951 de la revista *Orígenes*, director entre 1959 y 1960 de la *Nueva Revista Cubana*, consejero cultural de Cuba en Francia (1960) y secretario de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (1961-1964), donde fundó en 1962 y codirigió hasta 1964, junto a Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y José Rodríguez Feo, la revista *Unión*. En 1965 empezó a dirigir la revista que es órgano de la Casa de las Américas, institución que además presidió hasta 2019. Fundó en 1977 y dirigió hasta 1986 el Centro de Estudios Martianos y su Anuario.

En 1955 fue Profesor de la Universidad de La Habana (que en 1995 lo nombró profesor emérito), habiéndolo sido igualmente, entre 1957 y 1958, de la Universidad de Yale, y ha ofrecido conferencias, lecturas y cursos, y asistido a reuniones en muchas otras instituciones culturales de América, Europa y Japón.

Entre 1961 y 1964 fue coeditor de la Revista *Unión*. En 1965 dio conferencias sobre literatura hispanoamericana en las universidades de Praga y Bratislava. Viajó a la RDV en 1970 para colaborar en el rodaje de la cinta cubana *Viet Nam, tercer mundo, tercera guerra mundial*, dirigida por Julio García Espinosa.

Desde 1995 fue miembro de la Academia Cubana de la Lengua, que dirigió entre 2008 y 2012, y miembro correspondiente de la Real Academia Española.

Fue director de la *Nueva Revista Cubana*. Colaboró en numerosos periódicos y revistas, y perteneció a los consejos de redacción de varias de estas últimas, en América y Europa, entre ellas: *Orígenes*, el suplemento de *El Nacional* (México), *Triad* (EE.UU.), *Nuestro Tiempo*,

Lunes de Revolución, Bohemia, Cuba, Cuba Socialista, Poesía de América, Siempre!, El Corno Emplumado, La Gaceta del Fondo de Cultura Económica (México), Marcha (Uruguay), Asonante (Puerto Rico), Amaru (Perú), Revista Hispánica Moderna (Nueva York), Partisans (Francia), Literatura Internacional e Ínsula (España).

Doctor en Ciencias Filológicas e investigador titular, profesor honorario de la Universidad de San Marcos, Lima (1986) y doctor Honoris Causa de las Universidades de Sofía (1989), Buenos Aires (1993) y Central de Las Villas (2011).

Colaboró en *Les Lettres Nouvelles, Esprit, Europe, Les Lettres Françaises*.

Autor de *Órbita de Rubén Martínez Villena* (1964), de la selección y el prólogo de la antología *Cinco escritores de la revolución rusa* (1968) y de la antología de poesía *Para un mundo amasado por los trabajadores* (1973), entre otros muchos trabajos de esa índole. En colaboración con Fayad Jamís compiló la antología *Poesía joven de Cuba* (1959).

Es elegido el 10 de junio de 2008 director de la Academia Cubana de la Lengua, de la que fue miembro desde el 17 de septiembre de 1995 ocupando el sillón letra K, hasta el 2019. Entre 1998 y 2013 fue diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular y miembro del Consejo de Estado.

Este libro se editó en la Ciudad de México.

Todos los derechos reservados.